

Desde fuera

En el umbral de la casa del hombre con el que acaba de casarse, Nella Oortman levanta la aldaba en forma de delfín, la deja caer y se encoge, avergonzada, al oír el golpe sordo. No acude nadie, aunque la esperan. Se acordó la hora y se escribieron cartas; qué poco cuerpo tenía el papel de su madre en comparación con el de vitela de la residencia Brandt, tan caro. «No —se dice—, no es un gran recibimiento, teniendo en cuenta que la ceremonia del mes pasado ya se celebró en un abrir y cerrar de ojos, sin guirnaldas, sin copa de esponsales, sin lecho nupcial.» Nella deposita el pequeño baúl y la jaula en el umbral. Es consciente de que tendrá que adornar ese momento al escribir a los suyos, cuando haya encontrado la forma de subir, un cuarto, un escritorio.

Le llega la risa de los barqueros, tras rebotar en la pared de ladrillos de la otra orilla, y Nella se vuelve hacia el canal, sin bajar los escalones. Un muchacho enclenque ha ido a estrellarse contra una vendedora que lleva una cesta de pescado, y un arenque medio muerto se desliza por la ancha parte delantera de su falda. El áspero grito de su voz rural hace estremecer a Nella:

—¡Imbécil! ¡Imbécil!

El muchacho, que es ciego, tantea la tierra en busca del arenque escabullido, ese amuleto de plata, con dedos veloces

que no temen tocar cualquier cosa. Lo agarra, riendo a carcajadas, y echa a correr por la orilla del canal con su presa y con el brazo libre extendido y preparado por si acaso.

Nella lo aclama en silencio y se concentra en el inusual calor de octubre para empaparse de él mientras dure. En esta parte, el Herengracht se conoce como «la Curva de Oro», pero hoy ese amplio tramo del canal se le antoja marrón y prosaico. Las casas que se levantan ante las aguas de color fangoso son soberbias. Contemplan su propia simetría en la superficie del agua, imponentes y hermosas, como joyas engastadas en el orgullo de la ciudad. Por encima de sus tejados, la naturaleza hace lo que puede para estar a la altura, y las nubes de azafrán y de albaricoque reflejan las teorías de la gloriosa república.

Nella se vuelve otra vez hacia la puerta, ahora entrea-bierta. ¿O estaba ya así antes? No está segura. La empuja, asoma la cabeza al vacío y nota el aire fresco que sube del mármol.

—¿Johannes Brandt? —pregunta, en voz alta, algo asustada.

«¿Será una broma? —piensa—. ¿Van a tenerme aquí hasta enero?»

Peebo, su periquito, roza las varillas de la jaula con la punta de las plumas y su leve piar se estrella contra el mármol. A su espalda, incluso el canal, que ha recuperado la calma, parece contener la respiración.

Nella escruta las sombras, segura de una cosa: alguien la observa. «Vamos, Nella Elisabeth», se dice, y cruza el umbral. ¿La abrazará su flamante esposo? ¿Le dará un beso? ¿O le estrechará la mano como si se tratase de una mera transacción comercial? En la ceremonia, donde los rodeaban la escasa familia de ella y ni un solo miembro de la de él, no hizo ninguna de las tres cosas.

Para demostrar que las muchachas de pueblo también tienen buenos modales, se agacha y se descalza; lleva unos zapatos finos, de piel (los mejores que tiene, por descon-

tado), aunque no sabe muy bien por qué se los ha puesto. «Por dignidad», ha dicho su madre, pero qué incómoda es la dignidad. Golpea con ellos el suelo, con la esperanza de que el ruido atraiga o ahuyente a quien lo oiga. Según su madre, Nella es fantasiosa, está siempre en las nubes. Al ver los zapatos en el suelo, inertes, se lleva una decepción y se siente estúpida.

En el exterior, dos mujeres se llaman a voces. Nella se da la vuelta, pero la apertura de la puerta sólo le permite ver la espalda de una de ellas, alta, de cabellos dorados, sin cofia, que se aleja a grandes pasos hacia los últimos rayos de sol. A Nella se le ha soltado también un poco el pelo en el trayecto desde Assendelft y la suave brisa libera algún que otro mechón. Si se los recogiera ahora parecería aún más nerviosa, así que deja que le haga cosquillas en la cara.

—¿Vamos a coleccionar animales?

La voz surge con seguridad y rapidez de la oscuridad del vestíbulo. Nella siente un escalofrío; la confirmación de sus sospechas no impide que se le ponga la carne de gallina. Distingue una figura que asoma de las sombras con una mano tendida, no está claro si en señal de protesta o de saludo. Es una mujer, esbelta y bien erguida, vestida de negro riguroso y con la cofia almidonada y planchada con immaculada perfección. No se le escapa un solo mechón. Con ella llega también un aroma sumamente leve y extraño a nuez moscada. Tiene los ojos grises y la boca severa. ¿Cuánto rato lleva observándola? *Peebo* gorjea ante su aparición.

—Se llama *Peebo* —informa Nella—. Es mi periquito.

—Eso ya lo veo —responde la mujer, mirándola fijamente—. O más bien lo oigo. Esperemos que no haya traído más bestias.

—Tengo un perro pequeño, pero está en casa...

—Mejor. Ensuciaría nuestras habitaciones. Arañaría la madera. Esos perrillos son una extravagancia de los franceses y los españoles —afirma la mujer—. Igual de frívolos que sus dueños.

—Y parecen ratas —añade una segunda voz desde algún rincón del vestíbulo.

La mujer frunce el ceño y cierra por un instante los ojos, y Nella la observa atentamente y se pregunta quién más es testigo de esa conversación. «Debo de ser diez años más joven que ella —calcula—, aunque tiene la piel muy tersa.» Cuando pasa a su lado en dirección a la puerta, Nella detecta una elegancia segura y orgullosa en los movimientos de la desconocida, que dirige una breve mirada de aprobación a los pulcros zapatos caídos junto a la puerta y luego se vuelve hacia la jaula con los labios muy apretados. A *Peebo* se le han ahuecado las plumas de miedo.

Nella decide distraer su atención estrechándole la mano, pero la mujer se estremece ante su contacto.

—Huesos fuertes para alguien de diecisiete años —observa.

—Me llamo Nella. Y ya he cumplido los dieciocho —replica ella, apartando la mano.

—Sé perfectamente quién es.

—En realidad me llamo Petronella, pero en casa todo el mundo me...

—Ya lo he oído la primera vez.

—¿Es usted el ama de llaves? —pregunta Nella. Alguien reprime sin mucho éxito una carcajada en las sombras del vestíbulo. La desconocida no se inmuta y dirige los ojos hacia el crepúsculo perlado—. ¿Está Johannes? Soy su mujer. —Sigue sin obtener respuesta, pero Nella insiste, porque no parece que haya muchas posibilidades más—: Celebramos el matrimonio hace un mes, en Assendelft.

—Mi hermano no está en casa.

—¿Su hermano?

Más risas en la oscuridad. La mujer mira a Nella directamente a los ojos.

—Soy Marin Brandt —anuncia, como si eso debiera bastar para que la muchacha lo entendiera todo. A pesar de la dureza de la mirada, Nella detecta que en su voz falla la

precisión—. No está aquí. Creíamos que estaría. Pero no está.

—Entonces... ¿dónde está?

Marin levanta la barbilla. Agita la mano izquierda en el aire y de las sombras cercanas a la escalera emergen dos figuras.

—Otto —dice.

Se les acerca un hombre, y Nella traga saliva y clava los pies fríos en el suelo.

Otto tiene la piel de un marrón muy, muy oscuro por todo el cuerpo, el cuello que sale de la camisa, las muñecas y las manos que asoman por las mangas: todo él es una infinitud de piel marrón oscuro. Los pómulos prominentes, el mentón, la frente ancha, absolutamente todo. Nella nunca había visto a un hombre así.

Tiene la impresión de que Marin la observa a la espera de su reacción. Nada en la mirada de los grandes ojos de Otto revela que haya percibido la fascinación mal disimulada de Nella. Se inclina ante ella, que le hace una reverencia, mordiéndose el labio hasta que el sabor de la sangre le recuerda que debe tranquilizarse. La piel de ese hombre resplandece como una cáscara de nuez pulida y el pelo, negro y tieso, brota del cuero cabelludo. Es una nube de lana mullida, no está aplastado y grasiento como el de los demás hombres.

—Eh... —titubea Nella.

Peebo empieza a piar. Otto alarga las manos, cuyas amplias palmas ofrecen un par de zuecos.

—Para los pies —dice.

Tiene acento de *Ámsterdam*, pero alarga un poco las palabras, que surgen cálidas y líquidas. Nella acepta los zapatos y le roza la piel con los dedos. Con gesto torpe, se pone el calzado, con algo de plataforma. Son demasiado grandes, pero no se atreve a decir nada y al menos le aíslan los pies del frío mármol. Ya se ceñirá las correas de piel luego, arriba, si es que llega a subir, si es que la dejan pasar de ese vestíbulo.

—Otto es el sirviente de mi hermano —explica Marin, con los ojos aún clavados en Nella—. Y ésta es Cornelia, nuestra criada. Se ocupará de usted.

Cornelia da un paso al frente. Tiene algún año más que Nella, quizá veinte o veintiuno, y es algo más alta. Taladra con una mueca hostil a la recién casada; sus ojos azules la repasan de arriba abajo y detectan el temblor de sus manos. Nella sonríe, irritada por la curiosidad de la criada, y trata de responder con algún agradecimiento vacío. Siente una mezcla de alivio y vergüenza cuando Marin la interrumpe.

—Permítame enseñarle el piso de arriba —se ofrece—. Estará deseando ver su cuarto.

Nella asiente y atisba una mirada risueña en los ojos de Cornelia. El gorjeo alegre procedente de la jaula rebota en las paredes, y Marin indica a la criada con un golpe de muñeca que el lugar del pájaro está en la cocina.

—Pero el humo de los fogones... —protesta Nella. Marin y Otto se vuelven hacia ella—. A *Peebo* le gusta la luz.

Cornelia se lleva la jaula y la balancea como si fuera un balde.

—Con cuidado, por favor —pide Nella.

Marin mira a los ojos a Cornelia, que se dirige a la cocina acompañada por la tenue melodía del piar intranquilo de *Peebo*.

~

En el primer piso, Nella se siente empequeñecida por el esplendor de su nuevo cuarto. Marin se limita a poner mala cara.

—Cornelia ha exagerado con los bordados —asegura—, pero esperamos que Johannes solamente se case una vez.

Hay cojines con sus iniciales, una colcha nueva y dos pares de cortinas cambiadas hace poco.

—El grosor del terciopelo es necesario para mantener a raya las brumas del canal. Éste era mi cuarto —explica Ma-

rin. Se dirige a la ventana para mirar las escasas estrellas que han empezado a aparecer en el cielo y pone una mano en el vidrio—. Tiene mejores vistas, por eso se lo hemos cedido.

—No, no —contesta Nella—. En ese caso tiene que quedárselo.

Están cara a cara, cercadas por el cúmulo de bordados, por la abundancia del lino recubierto por la «B» inicial de Brandt, que aparece envuelta en hojas de parra, atrinchera-da en nidos de pájaros, brotando entre flores. Todas esas «B» tienen la tripa oronda, bien inflada, tras zamparse su apellido de soltera. Con incomodidad, Nella se siente obligada a pasar un dedo por tal profusión de punto, que empieza a afectarle el ánimo.

—¿Su espléndida residencia solariega de Assendelft es cálida y está a salvo de la humedad? —pregunta Marin.

—Puede ser húmeda —decide contestar Nella, mientras se agacha para tratar de ajustarse los grandes zuecos, que lleva mal sujetos—. Los diques no siempre funcionan bien. Pero no es espléndida...

—Tal vez nuestra familia no tenga su abolengo, pero qué importa eso frente a una casa cálida, sin humedades y bien construida —la interrumpe Marin. No es una pregunta.

—Desde luego.

—*Afkomst seyt niet* —prosigue Marin. «El abolengo no es nada.» Da un manotazo a un cojín para subrayar la última palabra—. El pastor Pellicorne lo dijo el domingo pasado y lo anoté en las guardas de la Biblia. Si nos descuidamos, crecerán las aguas. —Niega con la cabeza como si quisiera desechar una idea y agrega—: Escribió su madre. Insistió en pagar el viaje. No podíamos permitirlo. Enviamos la barcaza de repuesto. ¿No se habrá ofendido?

—No. No.

—Muy bien. En esta casa, por mucho que sea la de repuesto, no deja de estar recién pintada y tener un camarote forrado de seda bengalí. Johannes se ha llevado la otra.

Lo que quiere saber Nella es dónde está su marido, con la barcaza buena, y por qué no ha regresado a tiempo para recibirla. Piensa en *Peebo*, a solas en la cocina, cerca del fuego, cerca de las cacerolas.

—¿Solamente tienen dos criados? —pregunta.

—Nos basta —replica Marin—. Somos comerciantes, no holgazanes. La Biblia nos dice que un hombre jamás debe hacer alarde de riquezas.

—No. Por descontado.

—Bueno, si es que le queda alguna de la que alardear —añade Marin, clavándole los ojos, y Nella aparta la mirada.

La luz del cuarto empieza a extinguirse, y Marin acerca una mecha a las velas. Son de sebo, baratas, cuando Nella esperaba cera de abeja más aromática. Le sorprende que se haya elegido esa variedad, con olor a carne y tan humeante.

—Parece que Cornelia ha bordado su nuevo apellido en todo —señala Marin a su espalda.

«Sí, eso parece —piensa Nella, recordando el siniestro escrutinio de la criada—. Debe de tener los dedos en carne viva, ¿y a quién le echará las culpas?»

—¿Cuándo vendrá Johannes? ¿Por qué no está? —pregunta.

—Según su madre, tiene usted muchas ganas de empezar su nueva vida de casada en Ámsterdam —dice Marin tras una pausa—. ¿Es cierto?

—Sí, pero para eso se requiere un marido.

Se hace un silencio cubierto de escarcha, y Nella se queda pensando dónde estará el marido de Marin. Quizá lo ha escondido en el sótano. Con una sonrisa dirigida a uno de los cojines reprime el impulso arrollador de soltar una carcajada.

—Qué hermoso es todo —observa—. No hacía ninguna falta.

—Lo ha hecho Cornelia. Yo no tengo ninguna habilidad para las manualidades.

—Estoy segura de que no es cierto.

—He descolgado mis cuadros. Me ha parecido que éstos serían más de su agrado.

Marin señala la pared, de donde pende de un clavo una pareja de aves de caza inmortalizadas al óleo con plumas y garras enormes. Un poco más allá hay un retrato de una liebre colgada, un trofeo de caza. A su lado ve un montón de ostras pintadas en un plato con dibujos chinos ensombrecido por una copa tumbada, su vino derramado y un cuenco lleno de fruta pasada. Las ostras tienen un aire perturbador, tan abiertas, tan expuestas. En casa, la madre de Nella mantenía las paredes cubiertas de paisajes y escenas bíblicas.

—Son de mi hermano —explica Marin, y muestra un jarrón rebosante de flores, plúmbeo, excesivamente coloreado y con media granada en la parte inferior del lienzo.

—Gracias —contesta Nella, calculando lo que tardará en darles la vuelta antes de acostarse.

—Esta noche preferirá cenar aquí arriba —apunta Marin—. El viaje ha durado muchas horas.

—Sí, es cierto. Se lo agradeceré. —Nella se estremece interiormente ante los picos ensangrentados de las aves, sus ojos vidriosos, la carne apetecible que empieza a arrugarse. Al verlos le entran ganas de algo dulce—. ¿Tienen mazapán?

—No. En esta casa... no se come mucho azúcar. Enferma el alma de la gente.

—Mi madre lo moldeaba para formar figuritas.

Siempre había mazapán en la despensa, el único placer en el que la señora Oortman demostraba las mismas preferencias que su marido. Sirenas, barcos y collares de joyas azucaradas, de pasta de almendra que se derretía en la boca. «Ya no pertenezco a mi madre —piensa la muchacha—. Un día haré figuritas para otras manitas pegajosas, para voces que pedirán algo dulce.»

—Voy a decirle a Cornelia que le suba un poco de *herenbrood* y queso gouda —anuncia Marin, y la saca de su ensañación—. Y una copita de vino del Rin.

—Gracias. ¿Cuándo calcula que llegará Johannes?

Marin levanta la nariz y pregunta:

—¿A qué huele?

Instintivamente, Nella se lleva las manos a las clavículas.

—¿Soy yo?

—No lo sé. ¿Es usted?

—Mi madre me compró un perfume. Esencia de azucena. ¿Se refiere a ese olor?

—Eso es. Azucenas —dice Marin, asintiendo, y tose levemente—. Ya sabe lo que dicen de las azucenas.

—No. ¿El qué?

—Brotan pronto, se pudren pronto.

Y con esas palabras cierra la puerta tras de sí.